

ENCARNACION CABRE DE MORAN
y
JUAN MORAN CABRE
(Madrid)

Dos tumbas datables de la Necrópolis de Alpanseque (Soria)

I

El hecho de cumplirse este año el cincuentenario de la desaparición del noble prócer español Enrique de Aguilera y Gamboa, XV marqués de Cerralbo, nos ha inducido a poner de nuestra parte cuanto fuera posible por ensalzar la memoria de tan benemérito hijo de nuestra patria. Nos sentimos obligados a ello, tanto por tradición familiar, como por personal admiración a su categoría intelectual, cristalizada en dos obras de innegable trascendencia; de una parte, su afición artística dio como fruto la formación de un magnífico museo, con colecciones preciosas reunidas en su casa palacio, por él mismo diseñada, museo que su generoso espíritu de mecenas legó a nuestro Patrimonio. Pero además, su profundo conocimiento de los clásicos le llevó, al modo de Schliemann, a desenterrar el pasado de nuestro país, concentrando un considerable esfuerzo económico y de trabajo en la Meseta Oriental, donde consiguió descubrir una cultura de innegable originalidad.

El resultado de estas excavaciones que expuso en el Congreso de Valladolid de 1916 llamó poderosamente la atención de arqueólogos nacionales y extranjeros (1), y él mismo dedicó largas horas de estudio para

(1) J. DECHELETTE hizo un viaje a España para visitar estas excavaciones, y en su presencia fueron abiertas algunas sepulturas de la Necrópolis de Aguilar de Anguita.

la ordenación, en los laboratorios de su palacio de Santa María de Huerta, de los materiales que las campañas arqueológicas habían rendido. Sin embargo, de manera inexplicable, las «Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas», obra en que se pudieran haber hecho públicos los resultados de tantos desvelos, aun siendo merecedora del Premio Martorell de 1911, nunca salió a la luz.

No obstante, los materiales procedentes de las campañas arqueológicas del marqués de Cerralbo, generosamente legados al Museo Arqueológico Nacional, por sí mismas podrán algún día dar testimonio de una interesantísima cultura de nuestra Edad de Hierro, aun cuando en gran parte se hayan perdido valiosas indicaciones de circunstancias de hallazgos, como sucede con la mayor parte de las excavaciones de aquella época.

En esta ocasión nosotros hemos escogido, para su análisis, dos conjuntos cerrados y prácticamente desconocidos de la Necrópolis de Alpanseque, que figuran descritos y fotografiados en el tomo III del «Catálogo monumental de la provincia de Soria», obra inédita de don Juan Cabré, quien en su tiempo había tenido acceso a estos materiales (2).

II

La necrópolis de que nos vamos a ocupar fue hallada, como todas las de su área y cultura, en una fértil vega situada a 2 kilómetros al Oeste del pueblo de Alpanseque, partido judicial de Medinaceli (Soria) y a 4 kilómetros al Sur de Barahona, interesando, en parte, la dehesa comunal que lindaba con la carretera de Sigüenza a Almazán (figura 1).

La primera campaña de excavaciones fue acometida por Cerralbo en 1915, y en ella salieron a la luz las tres grandes «calles» de enterramientos con una orientación Norte-Sur. Medía cada una 27 metros de longitud por 4 de anchura, y estaba separada de sus inmediatas por unos «pasillos» intermedios de 1 a 2 metros de ancho. Otras tres calles similares, que seguían al Este de las anteriores, no pudieron apenas ser rastreadas, ya que las labores agrícolas y la gran humedad del suelo en este lugar habían destrozado por completo las sepulturas y su alineamiento.

Al año siguiente se continuaron las excavaciones dentro ya del prado comunal de Alpanseque, llegando en dirección Sur-Oeste a la zona que

(2) Una disposición testamentaria de Cerralbo le confiaba la tarea de su clasificación y exposición en el Museo Arqueológico, más desgraciadas circunstancias y su prematura muerte en plena actividad científica no permitieron a Cabré llevar a cabo esta labor.

en el croquis a mano alzada de Cabré (que no señala esta campaña por estar realizado en 1915), acusa la existencia de un montículo de planta circular, que parecía ser un túmulo, y que resultó un simple amontona-

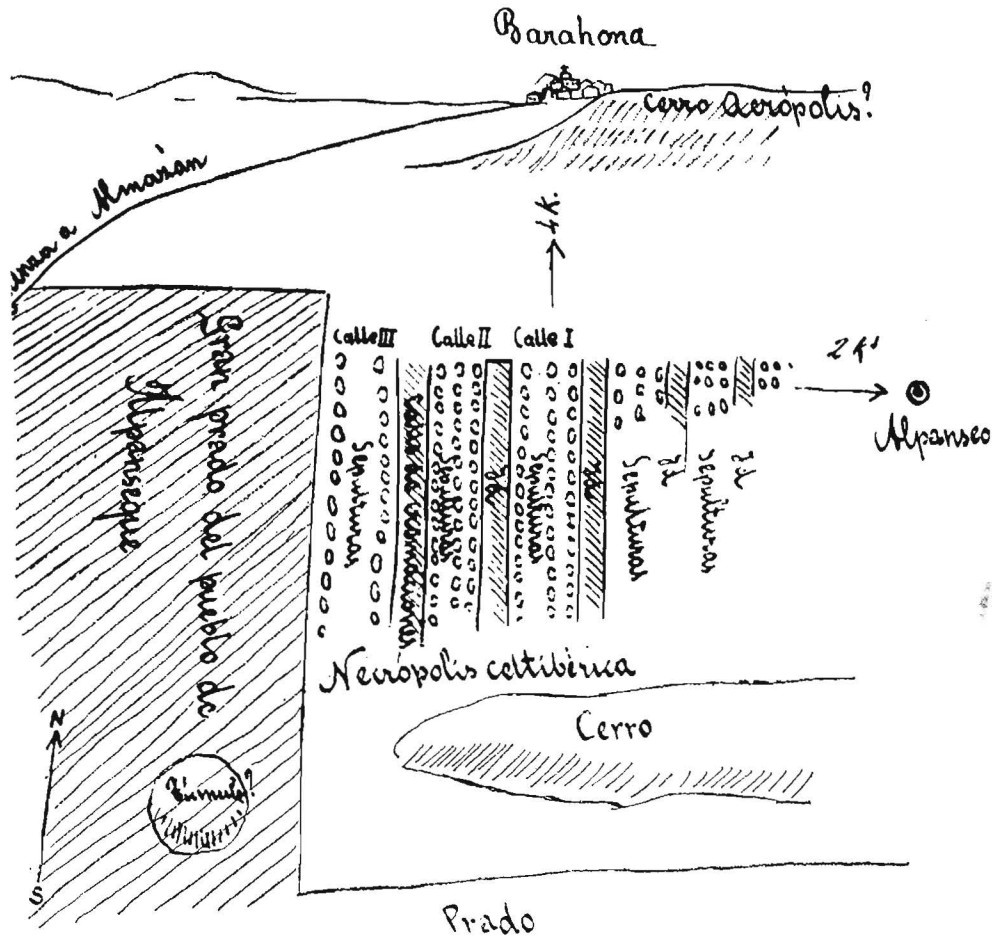


Fig. 1

La necrópolis de Alpanseque (Soria).—Emplazamiento y plano de la campaña arqueológica de 1915 (croquis a mano alzada de J. Cabré)

miento artificial de piedras sin restos arqueológicos. Seguía en este sector de 13 metros de frente por 51 de profundidad máxima, otra serie de calles con la misma dirección Norte-Sur, si bien no era posible apreciar entre ellas los pasillos que separaban las de la campaña anterior.

En su momento se había calculado que la necrópolis de Alpanseque totalizaría unas 300 sepulturas, si bien Cabré sólo inventarió 28 espe-

cialmente interesantes, todas las cuales fueron encontradas en la primera campaña. El inventario de la segunda no recoge conjuntos cerrados, y los materiales por su tipología parecen estar bastante mezclados, lo que nos hace suponer —aunque no tenemos datos para asegurarlo— que esta zona de la estación estaría particularmente destrozada, no haciendo posible a su descubridor delimitar sepulturas intactas.

III

El rito funerario de esta necrópolis es muy semejante al de otras de su misma cultura, como Aguilar de Anguita (Guadalajara), excavada por el mismo Cerralbo, y Quintanas de Gormaz (Soria), por Morenas de Tejada, en cuanto a la ordenación de las sepulturas en calles, con alineamiento de estelas hincadas a cuyos pies se localizan las urnas cinerarias, cuidadosamente calzadas con pequeñas piedras.

Los ajuares de los guerreros aparecen, en el ámbito de este rito, depositados en el suelo, junto a la urna, mientras que los considerados como femeninos pueden encontrarse en parte fuera, en parte dentro de la misma. Típico también de estas estaciones arqueológicas resulta el hecho de que sea cual sea la índole de los ajuares de sus sepulturas aparezca dentro de las urnas un número de fusayolas y bolas de barro que con frecuencia muy notable es de dos.

En el caso concreto de Alpanseque debe destacarse el que sus tumbas (que formaban dos o tres alineaciones en cada calle) solían guardar entre sí una distancia media de un metro. Habiendo sido estos espacios cuidadosamente rellenados con piedras sin labrar, aparecían las calles completamente empedradas. Con respecto a los característicos pasillos que separaban unas de otras las calles excavadas en 1915, Cabré tenía la sospecha de que se hubieran utilizado para la cremación.

Poco podemos decir acerca de las urnas de este yacimiento, ya que apenas conocemos media docena de ellas. Desde luego, estaban realizadas a mano, y su pasta era oscura y espatulada. Sus galbos tendían a las formas ovoides y a las troncocónicas, siendo frecuente en este último tipo de perfil la existencia de un asa vertical muy pequeña. Con decoración (punteada, de círculos impresos, de líneas de peine, etc.) sólo se conocen unos cuantos fragmentos.

IV

Los dos conjuntos cerrados que pretendemos dar a conocer aparecieron en la calle I de la campaña de 1915 (figura 1), y están inventariados en el Catálogo de Cabré con los números 14 y 9.

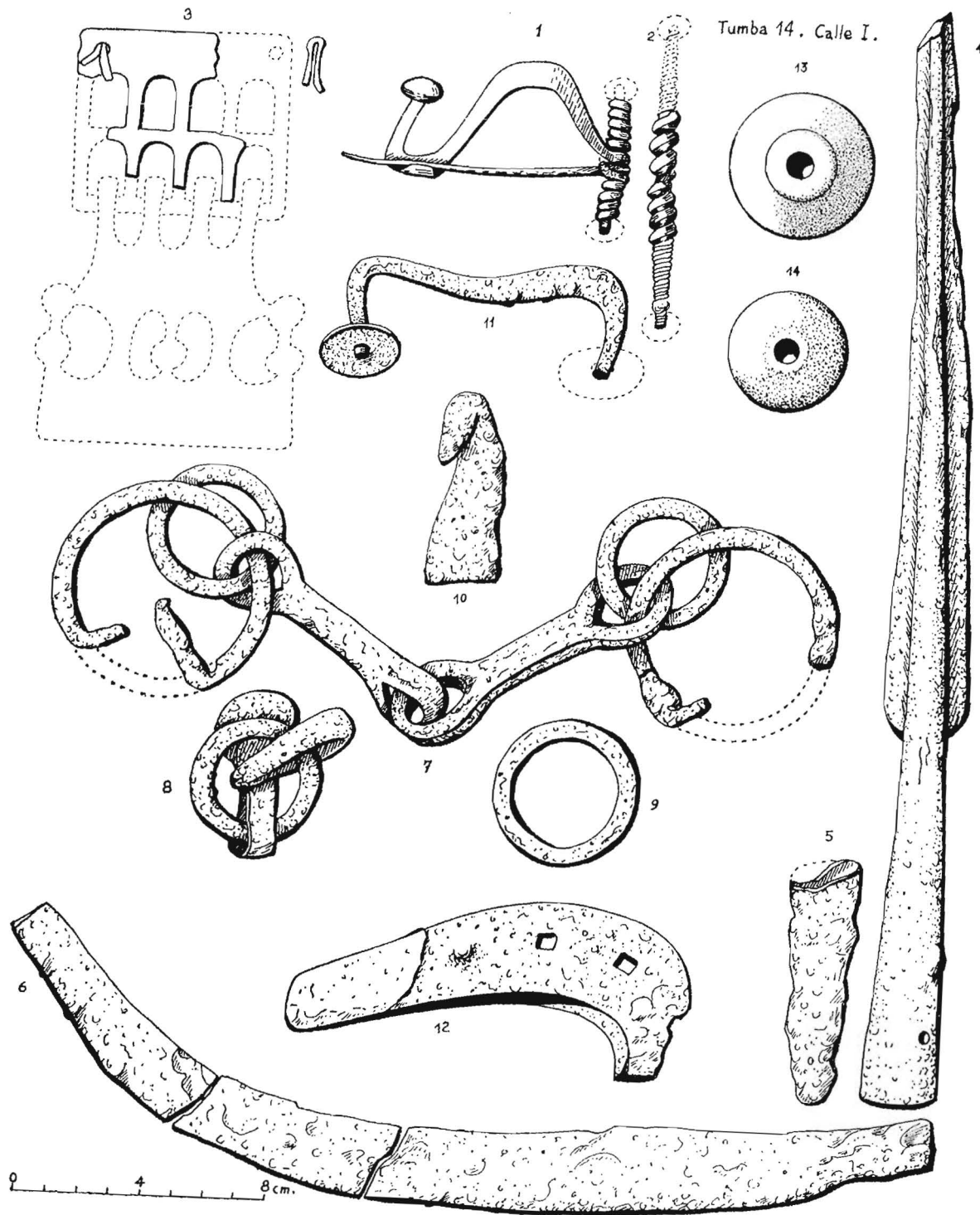


Fig. 2

Ajuar de la Tumba 14 de la Calle I de la necrópolis de Alpanseque

SEPULTURA NÚM. 14 (3), cuya urna cineraria no se conserva, ignorándose si ya estaba destrozada en el momento del hallazgo o si, como sucede en otras necrópolis, nunca existió, nos ha llegado con el siguiente ajuar, reproducido con sus proporciones en la figura 2:

Hierro. — Una lanza despuntada de 350 mm. de longitud con abultadísimo nervio central de sección circular y recia emmangadura, que cuenta con un orificio para ser clavada al asta, la cual en su parte inferior estaría guarnecida por el toско regatón de 80 mm. aparecido también en esta tumba. Las aletas de esta arma son particularmente estrechas dentro de la tipología de la zona, en cuyas necrópolis más avanzadas no se conoce ningún ejemplar. Tampoco en la Meseta Occidental han aparecido lanzas de estas características, pero sí las encontramos en Avezac-Prat, Andalucía y Levante, en cuya necrópolis de la Solivella (4) han aparecido asociadas a regatones finos y largos, y por lo tanto, muy distintos al nuestro (fig. 2, 4).

Un cuchillo bastante fragmentado, largo y curvo, con el filo en la parte interior. Este objeto no tiene paralelos claros dentro de su contexto cultural, mas por sus singulares características quizá pueda ser interpretado como instrumento agrícola, antecedente de la hoz, que en esta facies parece desconocida, pero que en necrópolis más evolucionadas de la misma provincia, como la de La Mercadera, no es raro encontrar (fig. 2, 6).

Un bocado de caballo que por la terminación de sus barras en orificios circulares o ligeramente de «gota» puede ser encuadrado en el tipo II de Jessen (5), que en la variante de grandes anillas en función de camas resulta, según Schüle, bastante escaso en el continente, aunque se encuentra en algunas tumbas hallstätticas centroeuropeas de la facies C y también en el Sur de Francia (6) (fig. 2, 7).

Respecto a nuestra Meseta, tampoco abunda en las necrópolis de las primeras fases, aunque alguno se ha encontrado en Aguilar de Anguita, generalizándose, en cambio, en posteriores etapas, hasta llegar a predominar con las anillas muy desarrolladas y las barras molduradas, en la Cultura de las Cogotas.

(3) J. CABRE AGUILO: «Catálogo monumental de la provincia de Soria.» T. III. Madrid, 1917 (inédito), pág. 13, lám. VI.

(4) D. FLETCHER: «La necrópolis ibérica de La Solivella (Alcalá de Chivert, Castellón).» Serie de trabajos varios del S. I. P., núm. 32. Valencia, 1965.

(5) A. JESSEN: «Zur Frage der Denkmäler des 8-7 Jahrhunderts V. Ztr. und Süden der Europäischen SSR.» Sovjetskafa Archeologija núm. 18, 1943, pág. 49 y ss.

(6) W. SCHULE: «Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel.» vol. 1. Berlín, 1969, pág. 125.

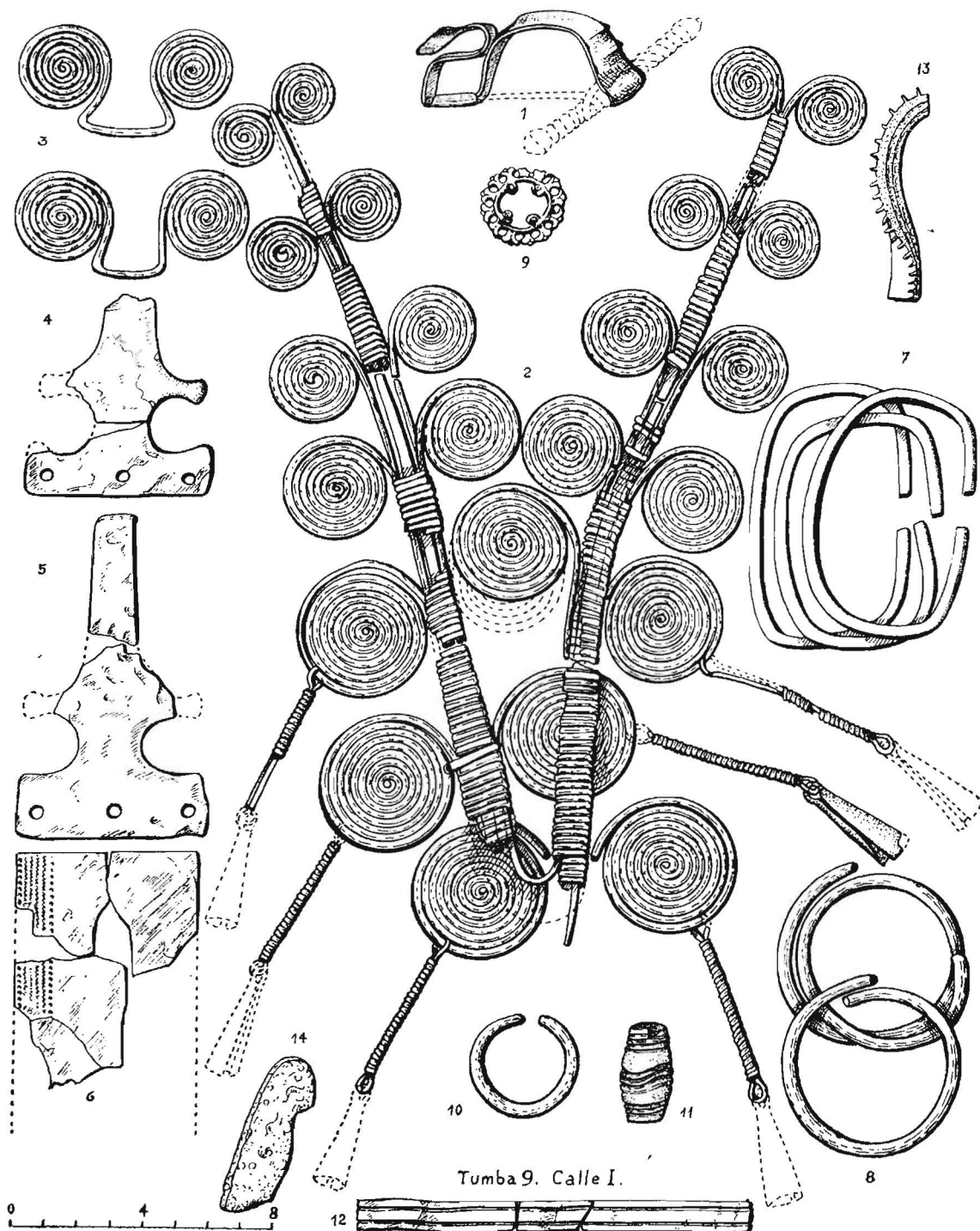


Fig. 3

Ajuar de la Tumba 9 de la Calle I de la necrópolis de Alpanseque

Las dos anillas y el gancho (fig. 2, 8 y 9) debieron formar, sin duda, parte del arreo del caballo (7).

El objeto número 11 de la fig. 2 guarda gran semejanza con otros de su misma cultura que tradicionalmente vienen siendo considerados como piezas de escudo. Pero el hecho de que en muchas sepulturas, al igual que en la que estamos estudiando, no aparezcan restos de umbos, manillas ni otras piezas de estas armas defensivas, nos induce a pensar que, o bien era bastante frecuente la existencia de escudos de materias perecederas (madera, cuero) o bien la utilidad de estos objetos pueda ser relacionada con el atalaje general del caballo.

La media herradura que figura en este ajuar (fig. 2, 12) debió ser semejante en todo a las halladas por Cerralbo en Aguilar de Anguita (8), tosca, grande, pesada como ellas, y provista de los característicos orificios cuadrados para albergar los clavos. Haciendo gala de su integridad científica, el mismo Cerralbo expone, en las páginas 43-49 de su obra, todas las circunstancias de los hallazgos de estas discutidas piezas, así como las objeciones que le habían sido formuladas acerca de su problemática antigüedad. Modernamente Schüle trata el tema de las herraduras con bibliografía actualizada (9), recogiendo también el hallazgo de Morenas de Tejada en la Requijada de Gormaz, así como las piezas que fueron descubiertas por Cerralbo con posterioridad a la de Aguilar de Anguita, aparecidas en otras cinco estaciones de la Meseta, entre las que se incluye Alpanseque con la herradura de nuestra tumba.

En este tema Schüle se hace solidario con la tesis de Manderá (10) de que la escasez de hallazgos de herraduras en niveles prerromanos indudables debe su explicación a que dichas piezas no tenían una utilización general y común, siendo sólo empleadas cuando los caballos sufrían algún percance en sus cascos, y éstos quedaban defectuosos.

Bronce. — Una pieza hembra de broche de cinturón, muy detrozada y abarquillada por la cremación, que en su configuración original tendría dos filas de cuatro «arcos» cada una. Por consiguiente, hemos reconstruido su pieza positiva, tomando como modelo una de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara), que ostenta las características de la

(7) Aunque en la pág. 2, lám. VII, de la obra de R. ULRICH: «Die Gräberfelder und der Umgebung von Bellinzona.» Zurich, 1914, se ven ganchos parecidos, de hierro, que asociados con anillas han sido interpretados como broches de cinturón.

(8) ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA, Marqués de Cerralbo: «Las necrópolis ibéricas.» Madrid, 1916, fig. 20.

(9) SCHÜLE: Op. cit. nota 6, págs. 130-131.

(10) H. E. MANDERA: «Sind die Hufeisen von der Saalburg römisch?» Saalburg-Jahrbuch XV, 1956, págs. 29-34.

serie que nosotros llamamos «geminada», ya que, desde el punto de vista tipológico, parece el resultado de la fusión en una sola pieza de dos placas de dos garfios con escotaduras laterales cerradas (fig. 2, 3).

Una fibula de pie muy levantado y adornado con botón terminal semi-esférico, puente con clara tendencia al acodamiento, resorte de ballesta y larguísima aguja que en su punta rebasa el plano del pie de la pieza (fig. 2, 1).

La construcción del resorte de esta fibula, por desgracia muy incompleto y oxidado, puede ser relacionada con la de algunas de diversa tipología que hemos reunido en nuestra fig. 4, cuyas estructuras de ballesta

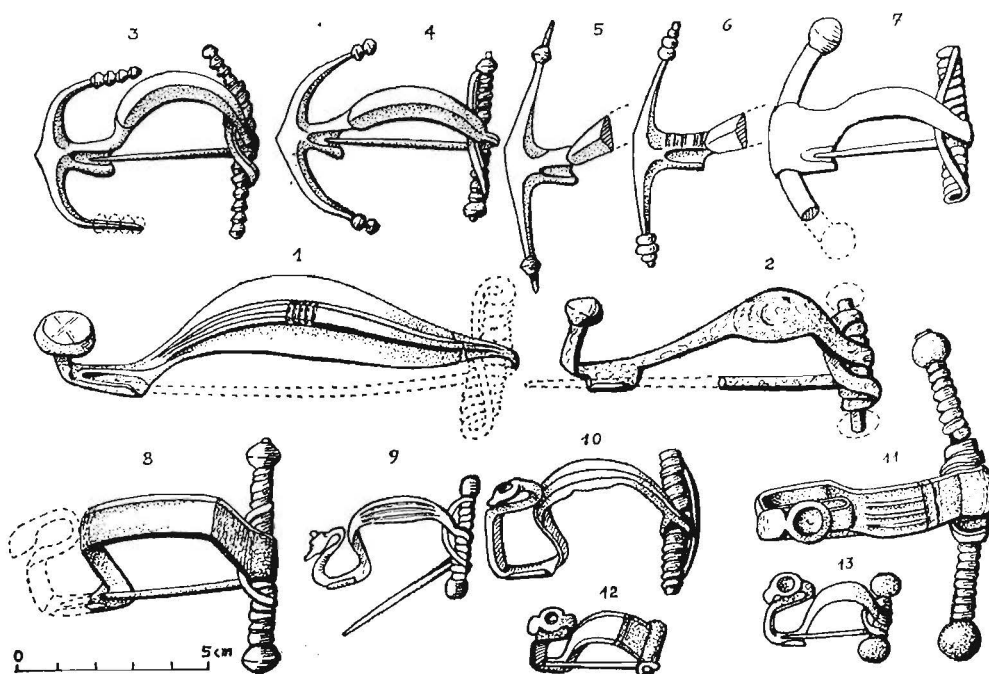


Fig. 4

1-2.—Fibulas de pie alzado, de Alpanseque.

3-7.—Fibulas de «ancora» (3, Alpanseque; 4-6, La Olmeda, Higes y La Torresabián, Guadalajara; 7, Cortes de Navarra).

8-13.—Fibulas de pie zoomorfo (8 y 11, Alpanseque; 9, Ullastret; 10, Cayla; 12, Carabias, Guadalajara; 13, Cabrera de Mar).

aparecen esquematizadas en la fig. 5. Todas estas fibulas tienen la cabeza perforada o fuertemente abrazada al eje de la ballesta. El resorte se organiza así: el alambre cuyo principio sirve de aguja, empieza a ser enrollado sobre el eje a la izquierda de la cabeza de la fibula, con un

número de espiras que a veces no rebasa la primera vuelta (fig. 5, 1), y otras llega a cinco o incluso más (fig. 5, 2), hasta alcanzar el extremo del eje, desde el que, formando la cuerda o lazo por debajo del puente, llega al extremo opuesto, y repitiendo a la inversa el mismo número de espiras, va a sujetarse al interior de la cabeza perforada o abrazada de la fibula.

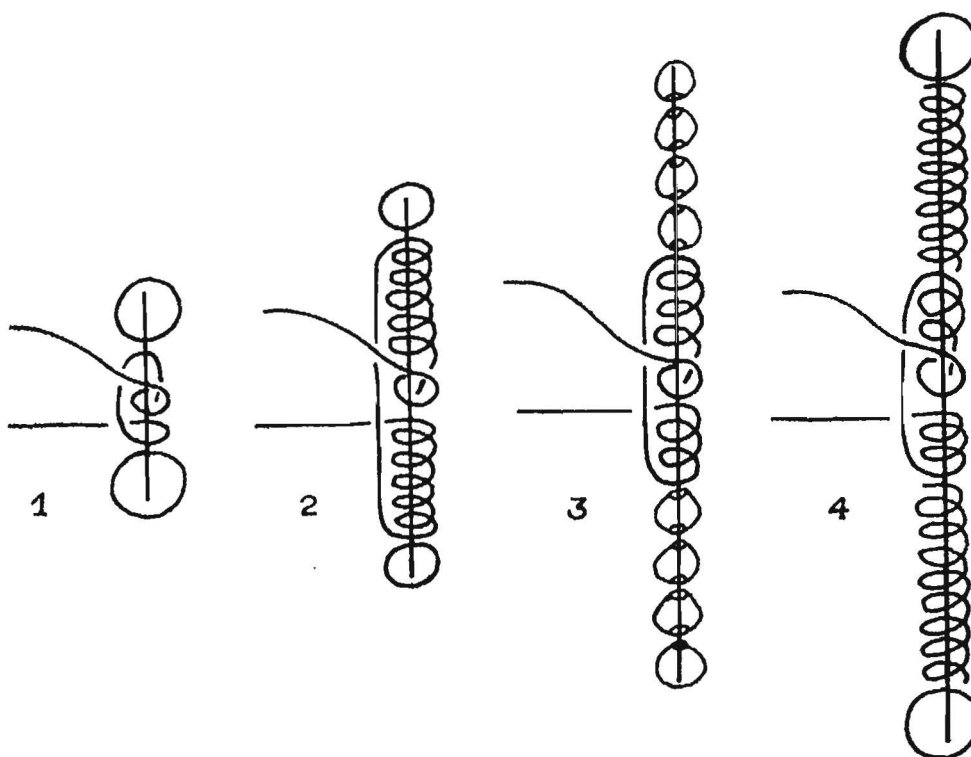


Fig. 5

Esquema de la estructura de las ballestas de algunas fibulas de la fig. 4

Estos resortes aparecen sujetos y adornados casi siempre con dos bolitas enchufadas en los extremos de sus ejes (fig. 4, 2, 4, 9, 11, 13) y, en ocasiones, estos adornos o sujeciones terminales adquieren considerable desarrollo, bien a causa de las múltiples cuentas que a ambos lados del resorte son ensartadas (fig. 4, 3 y fig. 5, 3), bien por medio de muelles cilíndricos enchufados en idéntico lugar (fig. 4, 8 y 11, y fig. 5, 4).

Entre estos últimos tipos de ballesta podemos considerar la de la fibula de la tumba 14 de Alpanseque, que se había venido clasificando hasta

ahora como de Hallstatt II (11). Esta pieza está francamente relacionada con otra hallada también en la calle I de nuestra necrópolis (fig. 4, 2), la cual, a lo que parece, ha perdido también en su ballesta las dos bolas terminales, quedando así al descubierto los extremos del eje. Ambas piezas parecen responder a conocidos prototipos de los túmulos franceses de Avezac-Prat (12) y del Plateau de Ger (13), reflejados en otros más toscos de la Atalaya (Cortes de Navarra) (14).

En el número 2 de la figura 2 hemos representado un fragmento de lo que sería la gran ballesta de otra fibula de parecida tipología, y en la que perfectamente aparece diferenciado el recio muelle central del resorte de seis espiras, de los dos sectores terminales recubiertos con fino alambre ornamental, y posiblemente rematados en bolas.

Finalmente el ajuar se cierra con las dos características fusayolas (una bitroncocónica y la otra esférica), que el rito de enterramiento de las necrópolis de la Meseta Oriental incluye en sus tumbas con sorprendente reiteración (fig. 2, 13, 14).

Para intentar la datación de nuestra tumba, tendríamos que prescindir, en cierto modo, del carácter arcaizante hallstattico de la lanza, y atenernos, sobre todo, a las fíbulas, que por entrar, como se ha dicho, en el marco aquitano-navarro, nos dan una cronología que a grandes rasgos oscila entre mediados del siglo V y mediados del IV a. C.

Pero quizá podamos matizar un poco más, esta vez tomando como referencia una coincidencia sorprendente, que en este sentido nos parece muy expresiva. En efecto, en una tumba de jefe de Cayla III se han encontrado asociados una placa hembra de cinturón y un bocado de caballo de idénticas características a las de los de la tumba 14 de Alpanseque. Estas piezas han podido ser, por fortuna, datadas con bastante seguridad en el conjunto cerrado languedociense, gracias a que aparecieron con varias copas y un skyphos áticos de finales del siglo V a. C. y, además, con cierto número de copitas y páteras precampanienses de hacia 350 a. C. (15).

(11) MARQUES DE CERRALBO: Op. cit. nota 8, apéndice 2.

CABRE AGUILO: Loc. cit. nota 3, pág. 18.

SCHÜLE: Op. cit. nota 6, vol. I, pág. 131.

(12) J. PIETTE y J. SCAZE: «Les Tertres funéraires d'Avezac-Prat.» París, 1889. Album Pillay XI 1.

(13) M. LOUIS y O y J. TAFFANEL: «Le Premier Âge du Fer Languedocien.» Vol. III. Bordighera-Montpellier, 1960, pág. 154 ss. fig. 108.

(14) J. MALUQUER DE MOTES y J. VAZQUEZ DE PARGA: «Excavaciones en Navarra.» Vol. V Navarra, 1957, figs. 8 y 20.

(15) O. y J. TAFFANEL: «Deux tombes de chefs a Mailhac (Aude).» Gallia XVIII, 1. París, 1960, págs. 1 y ss. figs. 37 y 39.

SEPULTURA NÚM. 9, de la calle I (16) (fig. 3). Tampoco ha conservado su urna cineraria. Su ajuar, muy notable desde el punto de vista estético, fue considerado por Cerralbo como perteneciente a una mujer.

Todos los objetos de esta tumba son de bronce, excepción hecha del número 14, un pequeño fragmento de hierro, de lo que sería el mango de un cuchillo, y del número 11, una cuenta de cornalina en forma de barrilete, adornada con tres series de líneas paralelas e incisas.

El adorno principal (número 2), por desgracia doblado y roto, resulta uno de los exponentes más típico y exclusivo de esta cultura. Su técnica de fabricación, que algunos autores conocen con el nombre de «pasamanería», consiste, en síntesis, en unir cierto número de alambres en un núcleo fuertemente sujeto por otro alambre que sobre él se enrolla. En este haz se dejan libres, de trecho en trecho, dos cables que se doblan formando espirales contrapuestas, cuya distribución a lo largo del vástago se realiza buscando un efecto decreciente de masas, desde el centro a los extremos, con una estética arborescente que parece recordar el oriental árbol de la vida.

Tanto Cerralbo como Cabré creyeron que esta bellísima pieza se había empleado a modo de diadema, pero nosotros, observando su inusitado tamaño, y teniendo en cuenta que sólo las espirales de mayor diámetro sostienen los colgantes de campanillitas, nos inclinamos a pensar que este objeto, convenientemente curvado su vástago central, pudo usarse como pectoral, sujetos sus extremos con cadenillas que pasaran por detrás del cuello, y que si bien en este caso se han perdido, pueden verse en otros ajuares de Alpanseque unidas todavía a adornos parecidos.

Las dos piezas número 3, claramente relacionables con la anterior, aunque en otros ajuares aparecen con colgantes con cadenillas, de los que penden también otros elementos, en este conjunto, comoquiera que existen dos placas de cinturón activas y ninguna pasiva, hemos pensado si pudieron haber sido utilizadas para este menester.

Las mencionadas placas de cinturón (núms. 4 y 5) pertenecen a la serie de un garfio y escotaduras laterales abiertas, siendo muy de lamentar que su gran deterioro no haga posible saber si ostentaron alguna decoración, como hace presumible el hecho de que los fragmentos de chapa de bronce (núm. 6) que probablemente adornaron el cinturón correspondiente a una de estas placas, dejen entrever en uno de sus márgenes una decoración bastante fina de líneas de zig-zag al trémolo, enmarcadas por dos alineaciones de diminutos hoyitos.

(16) CABRE AGUILO: Op. cit. nota 3, pág. 17. Lám. V.

Los números 7 y 8 reproducen dos series de brazaletes. Los de la primera son de sección rectangular, de los que salieron más de 20. Los de la segunda son ultracirculares de sección redonda, y de ellos contaba esta sepultura al menos con cuatro.

Con el número 9 reproducimos lo que Cabré llamaba en su texto «una ruedecilla solar» y que a nosotros nos parece una pieza que pudo tener engarzada una piedra dura por las cuatro pestañitas interiores. La decoración exterior de este pequeño adorno es de claro sabor orientalizante (fenicio-tartésico), pues está logrado a base de flores de loto diminutas, tangentes en los bordes externos de sus cálices.

La anilla abierta número 10 nos resulta, en cuanto a su utilidad, un tanto indeterminada, ya que para ser un pendiente tiene los extremos gruesos y romos en exceso. Por fin hay que mencionar dos series de fragmentos de tiras de bronce molduradas (números 12 y 13) de los que la última ostenta en uno de sus costados una alineación de picos o dientes.

Hemos aplazado hasta ahora la descripción de la fibula número 1, como último elemento del ajuar de esta tumba, ya que sin duda parece el más determinante en el momento de intentar la datación de todo el conjunto.

Ostenta dicha pieza un puente de sección laminar ligeramente cóncava en la parte superior; el pie alzado, después de tocar el arco, vuelve hacia delante y termina en una cabeza aplanada de ofidio. Por desgracia se han perdido el resorte y la aguja, pero pueden ser reconstruidos con cierta verosimilitud tomando como modelo los de otra fibula procedente de una tumba de la misma necrópolis, muy cercana a la nuestra, pues también apareció en la calle I, dentro de la cual recibió el 7 como número de orden (fig. 4, 8).

El mundo de fíbulas cuyo apéndice caudal se resuelve en terminación zoomorfa, encuentra, como es sabido, amplia representación fuera y dentro de nuestra Península, en el momento cultural de un La Tene temprano, aun cuando es necesario decir que la modalidad más frecuente es aquella en que la cabeza de serpiente, cisne o pato se dirige hacia el puente de las fíbulas, sin la vuelta regresiva que caracteriza nuestra pieza, cuyo apéndice caudal puede ser gráficamente comparado con un signo de cerrar interrogación.

En la figura 4 hemos reunido dos ejemplares de fíbulas serpentiniformes procedentes de Ullastret (núm. 9) y del oppidum de Cayla (núm. 10) así como otras tres de cabeza de pato, más evolucionadas que las anteriores, que fueron halladas en Alpanseque (núm. 11), Carabias (Gualajara) (núm. 12) y Cabrera de Mar (núm. 13).

La fibula de Ullastret se encontró en el Corte L.5B-E.V, próximo al muro Este, con cerámica jónico-focense y platos precampanienses áti-

cos del S. IV a. C. (17). A su vez, el ejemplar de Cayla, y otro de similares características de la misma estación, aparecieron en su Nivel III, que viene siendo fechado desde el 475 a. C. hasta fines del S. IV a. C. (18).

La fíbula serpentiniforme de la Tumba 9 de Alpanseque, relacionable, desde luego, con las piezas languedocienses y catalana que hemos mencionado, es, sin embargo, en su estructura, mucho más sencilla que ellas, pues carece del alvéolo que todas poseen y que, sin duda, se utilizó para albergar un cabujón (la de Ullastret lo conserva y es de ónice). Ello nos induce a pensar que nuestra pieza debe colocarse en el primer tercio del S. IV a. C., y bajo ningún concepto más allá del 350 a. C.

En este sentido debe tenerse muy en cuenta el eminente espíritu hallstático de todo el ajuar de nuestra sepultura. Ya en su momento comentábamos la tradición fenicio-tartésica de la pequeña y curiosa «ruedecilla solar»; por lo demás, las placas de cinturón romboidales, asociadas a los brazaletes abiertos de sección rectangular, y a los ultracirculares de sección redonda, y por último, a los colgantes con campanillas que penden del adorno de pasamanería, forman un conjunto de materiales, los más representativos y que con mayor pureza se manifiestan en una misma cultura a través de los ajuares de las necrópolis de Can Canyis y Coll del Moro (Tarragona), La Pedrera (Lérida), El Bovalar (Castellón), la Solivella (Castellón) y el Molar (Alicante), con unas fechas que se extienden desde finales del VI hasta el S. IV a. C. Admitimos, desde luego, que esta facies cultural mantuvo su tradición con especial constancia en el área navarra y de la Meseta Oriental, pero no resulta prudente llevarla más allá de mediados de dicho siglo con toda su pureza.

VI

La datación de estas dos tumbas nos parece que puede hacerse extensiva a toda una fase de Alpanseque, localizada, al menos en parte, en los enterramientos de su Calle I, que pudo corresponder a los finales de la vida de esta necrópolis, en la que ciertamente no se halló ningún producto genuino y típico de la cultura de la Tene, (como son fíbulas puras de alguno de sus tres períodos, espadas largas, puñales dobleglobulares, tijeras, etc), presentes en otras localidades de la misma región, sin duda posteriores.

(17) R. NAVARRO: «Las fíbulas en Cataluña.» Barcelona, 1970, pág. 81, fig. 19, 5.

(18) LOUIS Y TAFFANEL: Op. cit. nota 13, tomo I. Bordighera. Montpellier 1955, págs. 124-127. figs. 101 y 105. Por cierto que en este nivel III son muy comunes las fíbulas cuya estructura de ballesta hemos esquematizado en la fig. 5, 2. Lo mismo sucede en el nivel III de Ruscino.

Pensamos sin embargo, que los ajuares de otras calles, y concretamente los que tienen umbos de escudo y cascos de bronce repujados, asociados a espadas de frontón o de antenas redondas, todavía desarrolladas, pueden ser más antiguos, encajando perfectamente en el transcurso del S. V a. C., como induce a pensar, además, el hecho de que en el conjunto de las fibulas de Alpanseque (de las que tan sólo hemos reproducido en nuestra fig. 4 algunas series, como la que denominamos de «áncora», y de pie zoomorfo, porque nos parecían concordantes con las sepulturas 9 y 14) predominen las de doble resorte en diversas variantes y otros tipos de características bastante antiguas, como la notabilísima de hoja de laurel, mencionada por Cuadrado en relación con la del Acebuchal (19), pero aún inédita y que nosotros hemos deseado dar a conocer en esta ocasión (fig. 4, 1).

Madrid, octubre de 1973.

BIBLIOGRAFIA DE LA NECROPOLIS DE ALPANSEQUE

- E. AGUILERA Y GAMBOA, MARQUES DE CERRALBO: «Las necrópolis ibéricas.» Madrid, 1916, págs. 18, 27, 40.
- J. CABRE AGUILO: «Catálogo monumental de la provincia de Soria.» Tomo III. Madrid, 1917 (inédito), págs. 7-35.
- J. CABRE AGUILO: «Tipología del puñal de la Cultura de las Cogotas.» Archivo Español de Arte y Arqueología, 21. Madrid, 1931, págs. 6, 8.
- J. CABRE AGUILO: «La Caetra y el Scutum en Hispania durante la segunda Edad de Hierro.» Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid. Fasc. XXII-XXIV, tomo VI. Valladolid, 1940.
- J. CABRE AGUILO: «El Thimyaterion céltico de Calaceite.» Archivo Español de Arqueología, 48. Madrid, 1942, págs. 197-198.
- B. TARACENA AGUIRRE: «Carta arqueológica de España: Soria.» Madrid, 1941, págs. 35-36.
- W. SCHÜLE: «Probleme der Eisenzeit auf der Iberischen Halbinsel.» Maguncia, 1960, figs. 19-20
- W. SCHÜLE: «Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel.» 2 vols. Berlín, 1969, láms. 25-31, pág. 262.

(19) E. CUADRADO: «Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica.» Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, vol. VII. Madrid, 1963. En la fig 7 reproduce ocho fibulas del mismo tipo de hoja de laurel.

